Vertientes de la criminalidad

El Plan reconoce dos vertientes genéricas de la criminalidad, devastadoras ambas. Hace más de un siglo, algunos criminólogos italianos —a la cabeza, Alfredo Niceforo, en su obra señera *La transformación del delito en la sociedad moderna*— anunciaron ciertas leyes de transformación criminal, que conducirían o revelarían la marcha de la delincuencia. La criminalidad, al igual que la energía, no desaparece; se transforma.

Sobre la pista de estas enseñanzas comenté el previsible desarrollo de la delincuencia en México y mencioné que no habría relevo de la violencia por la astucia —como supusieron aquellos criminólogos—, sino presencia de ambas en el delito del futuro; que el crimen, inicialmente doméstico, abarcaría el escenario de la nación e inclusive del mundo entero; que el contingente de los victimarios se multiplicaría sin cesar y que lo mismo ocurriría con el de los victimables; que aparecería una inquietante modificación en los roles de perseguidos y perseguidores: operarían la concertación y, a la postre, la aparición del Estado cómplice e incluso del Estado criminal. En este curso se localiza otro avatar: el Estado “fallido”, bajo la caracterización de Noam Chomsky, tema ominoso que apareció en nuestros debates internos —y en nuestras pesadillas— hace pocos años. Hoy vuelvo sobre estas reflexiones, aplicadas a nuestra realidad.

Hay diferencia entre la criminalidad tradicional —los delitos de siempre, dondequiera— y la evolucionada, desarrollada u organizada —los delitos de ahora—. Sin embargo, en

un punto coinciden: ambas han arraigado en nuestro medio, victiman a la sociedad y alteran profundamente nuestra existencia. Robo, homicidio, lesiones, violación, tráfico de personas, trasiego de drogas, comercio de armas, secuestro, desaparición forzada, extorsión, corrupción, ataques a periodistas y a defensores de derechos, etcétera, son variantes de una sola realidad que el Estado debe enfrentar con hechos y, más todavía, con éxito.

En el Plan figura el diagnóstico de estos extremos. El mismo documento destaca también otras manifestaciones delictivas, menos dramáticas, pero muy lesivas: “delitos de cuello blanco, como el desvío de recursos, la defraudación, el cohecho, la malversación y las operaciones con recursos de procedencia ilícita —o lavado de dinero—, así como infracciones cometidas específicamente por servidores públicos”. El catálogo es muy largo, y todos sus componentes conspiran contra la seguridad y la justicia.